

Antes de Franz Boas: mujeres pioneras de la antropología norteamericana



Mónica Tarducci*

Resumen

Una de las consecuencias del impacto del movimiento feminista en la teoría y práctica antropológica fue la búsqueda y la revalorización de la vida y obra de mujeres que hicieron una contribución muy importante a la disciplina pero ocupando un lugar periférico o desconocido dentro de ella. Me interesa acercar una rápida semblanza de las trayectorias de estas pioneras que, en una época de cambios socioeconómicos acelerados (como fueron las últimas décadas del siglo xix y las primeras del siglo xx) y a pesar de una formación ecléctica y autodidacta, fueron fundamentales para la profesionalización de la antropología.

Palabras claves

*Historia de la antropología
Antropólogas
Feminismo
Género
Evolucionismo.*

Before Franz Boas: Pioneering Women in American Anthropology

Abstract

One consequence of the impact of the feminist movement in anthropological theory and practice was the recovery of the life and work of women who, despite occupying a peripheral site, made significant contributions to the field. In this paper I focus on the trajectories of these pioneers who, in a time of fast socioeconomic changes (last decades of xix Century and the early xx Century) and despite they were self taught, were fundamental to the professionalization of anthropology.

Keywords

*History of anthropology
Anthropologist women
Feminism
Gender
Evolutionism*

* Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: latardu@gmail.com

Antes de Franz Boas: Mujeres pioneras na Antropología Norte-americana

Resumo

Palavras chave
 História da antropologia
 Mulheres antropólogas
 Feminismo
 Género
 Evolucionismo.

Uma das consequências do impacto do movimento feminista na teoria e prática antropológicas foi a revalorização das vidas e obras de mulheres que fizeram contribuições importantes para o avanço da disciplina, mas que ocupam lugares periféricos na história acadêmica ou são completamente desconhecidas. Meu interesse é aportar uma breve descrição das trajetórias dessas pioneiras que, numa época de mudanças sócio-econômicas aceleradas (últimas décadas do século xix e as primeiras do século xx), e além de uma formação eclética e autodidata, foram fundamentais para a profissionalização da antropologia.

1. Introducción

Existe un pensamiento generalizado acerca de que fue Franz Boas quien alentó e introdujo a las mujeres en la práctica de la antropología norteamericana, tal vez porque dos de las más famosas de ellas en la disciplina se formaron dentro de su círculo en la Universidad de Columbia: Ruth Benedict y Margaret Mead. Sin embargo, a partir de los años 1970, las antropólogas feministas comenzaron a indagar acerca de las “madres fundadoras”, cuyas vidas habían sido olvidadas y de quienes sus obras en muchos casos permanecían en ejemplares de revistas archivadas, cuando no inéditas, esperando ser descubiertas.

Las antropólogas que veremos en este artículo vivieron una época particular, cuando aún la antropología no se enseñaba en las universidades y donde, además, las mujeres debían luchar para poder recibir una educación superior.

Eran victorianas que estudiaron e investigaron dentro del paradigma evolucionista que era el que se imponía, no sin críticas, en la antropología de la época. Todas autodidactas —salvo Elsie Parsons que había recibido un doctorado en sociología— abrieron el camino en una disciplina que ayudaron a formar con un ímpetu admirable, producto también de sus inquietudes como reformadoras sociales, como veremos más adelante.

Ahora bien, es interesante ver desde dónde y para qué se rescata el pasado, que si bien es una tarea que todas las estudiosas feministas realizan en las distintas disciplinas, en el caso de la antropología adquiere algunas características particulares. Por ejemplo, una de las primeras tareas revisionistas fue poner de manifiesto la división del trabajo en la investigación, al interior de los matrimonios de antropólogos, donde muchas veces la presencia de las esposas no se llega a conocer ya que sólo aparece la autoría masculina.

Sabemos hoy, gracias a esos “rescates”, que Ruth Lewis —que acompañó a su marido Robert a Tepoztlán— fue quien escribió las guías para la observación y el registro de las historias de vida. Como éste, son varios los casos de trabajo no reconocido que fueron saliendo a la luz (Tedlock, 1995).

Otro punto de partida se va a constituir a partir de las discusiones posmodernas en antropología donde el énfasis va a estar puesto en lo textual, en la escritura de las etnografías. Vemos entonces que las antropólogas feministas reaccionan frente a la provocación de *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, compilado por James Clifford y George Marcus en 1986, donde en su introducción temerariamente se afirma: "la etnografía feminista no ha producido formas no convencionales de escribir, ni ha desarrollado una reflexión acerca de la textualidad etnográfica como tal" (Clifford, 1986: 21).

Estas reacciones implicaron, además de la crítica política a los presupuestos de la "nueva etnografía" brillantemente expuestos por Frances Macia-Lees, Patricia Sharpe y Colleen Ballerino Cohen (1989), una revisión de las autoras de distintas etapas de la antropología para demostrar que, por ejemplo, antropólogas como Elsie Clews Parsons y Gladys Reichard crearon un estilo de escritura etnográfica cincuenta o sesenta años antes de que las nuevas formas dialógicas de producción textual se pusieran de moda (Lamphere, 1995, 2004).

El libro *Women Writing Culture*, organizado por Ruth Behar y Deborah Gordon, publicado en 1995, ya desde su título es una clara respuesta al texto de Clifford y Marcus. Si bien el hilo conductor es el análisis de los modos de representación de la antropología haciendo hincapié en lo textual, la colección de artículos incluye acercamientos biográficos a antropólogas y reflexiones teórico-metodológicas y políticas sobre la práctica de nuestra profesión.

Sin duda, una de las antropólogas feministas más preocupadas por la valoración de las pioneras es Louise Lamphere. Sin embargo, confiesa en su texto sobre Parsons, que cuando ella y Michelle Rosaldo compilan el clásico *Woman, Culture and Society* en 1974, "elegimos a Margaret Mead para la cita del comienzo de nuestro libro. Si hubiésemos leído los libros de Parsons, probablemente habríamos escrito una introducción diferente" (Lamphere, 1995: 86).

Lamphere, en su discurso como presidenta de la American Anthropological Association que luego fuera publicado por *American Anthropologist*, se propone rescatar del olvido y enfatizar la importancia de lo que ella llama "mujeres y minorías", que han sido mencionadas en la historia de la disciplina como esposas, estudiantes, informantes o asistentes de trabajo de campo. Para ello, establece tres grupos de profesionales: el primero compuesto por mujeres de la elite que actuaron en los años formativos de la disciplina (fines del siglo xix-1940); en segundo lugar, a los varones y mujeres de las "minorías", fundamentalmente afrodescendientes e integrantes de los pueblos originarios (en el mismo período que las anteriores); por último, a quienes actuaron después de 1960 y que fueron mujeres y varones muy comprometidos con el movimiento de derechos civiles, el feminismo y los movimientos contra la guerra de Vietnam que lograron transformar la vida académica.

Para cada uno de los períodos Lamphere toma ejemplos claves, que son posteriores al período que tenemos en cuenta en este artículo. Para el primero toma a Elsie Parsons, Margaret Mead y Ruth Benedict; para el segundo a la antropóloga Ella Cara Deloria (nacida en una reserva sioux), la afroamericana Zora Neale Hurston y el muy conocido "informante" George Hunt. Para los años 1960 menciona a Michelle Zimbalist Rosaldo, Alfonso Ortiz y Delmos Jones (Lamphere, 2004).¹

Lo que le interesa a Lampheres es que esas antropólogas y antropólogos, tanto por ser mujeres como por ser varones de grupos discriminados, o ambas

1. De no existir indicación contraria en la bibliografía las traducciones fueron hechas por la autora de este artículo.

cosas a la vez, tuvieron que luchar muy duramente para ganarse un lugar en el centro de la disciplina o que bien permanecieron marginales respecto de sus colegas y mentores durante toda su vida. Rescata el carácter innovador de sus etnografías así como sus inquietudes sociales y lo que ella denomina su contribución desde épocas tempranas a vivificar el trabajo de campo.

De manera más específica, en su acercamiento a la vida y obra de Elsie Parsons, Lamphere va a rastrear, además de su trabajo innovador, su involucramiento en el movimiento feminista de las primeras décadas del siglo xx, estableciendo un paralelismo con su generación. “En mi caso particular, traté de establecer una conexión entre la escritura feminista de Parsons y el resurgimiento del feminismo en la antropología durante los decenios de 1970 y 1980” (Lamphere, 1995: 86).

Lo que sigue es una contribución al conocimiento de las trayectorias de seis mujeres que nacieron entre 1836 y 1874: Erminnie Smith, Alice Fletcher, Matilda Stevenson, Zelia Nuttall, Frances Densmore y Elsie Parsons.

Estas antropólogas son fundamentales para conocer el período en que se formó la disciplina. Finalizamos con Parsons porque ella es como una suerte de bisagra entre dos mundos: la última evolucionista y la primera boasiana, y si bien no fue una autodidacta como las anteriores, tampoco formó parte del *establishment* académico; se mantuvo periférica sin dejar de hacer etnografía ni de patrocinar a una nueva generación de investigadores e investigadoras.

Nuestro recorte tiene que ver indudablemente con la posibilidad de acceso a estas pioneras. Para ello fue fundamental el libro de Nancy Oestreich Lurie, *Women and the Invention of American Anthropology*, nuestro punto de partida para conocer a estas mujeres excepcionales y el diccionario *Women Anthropologists. Selected Biographies*, organizado por Ute Gacs y otras (1989). A partir de allí nos propusimos trabajar con las antropólogas anteriores a Elsie Clews Parsons, cuya trayectoria ahora mucho más conocida, inaugura una etapa académica “boasiana”, es decir más profesional. Así, con el material disponible en los libros citados y, fundamentalmente, la búsqueda en bibliotecas y archivos virtuales, pudimos reconstruir trayectorias vitales e intelectuales de estas mujeres y documentos institucionales que daban cuenta de su paso por algunas instituciones académicas.

Como profesora de antropología me parece importante que se conozca a estas “madres fundadoras”. Hacerlo nos ayudará a capturar el clima de la época en que vivieron, sus luchas entre el ideal victoriano de femineidad en el que se criaron y su ímpetu reformista por un lugar diferente para ellas y para todas las mujeres.

2. La creación de la Women’s Anthropological Society of America (WASA)

En el prefacio del libro Nancy Oestreich Lurie, *Women and the Invention of American Anthropology*, que es una reedición del ensayo anterior aparecido en 1966 con el título *Women in Early American Anthropology* aclara que su propuesta fue rastrear el aporte de las mujeres a la conformación de la antropología como disciplina en los Estados Unidos. Para esto se impuso un límite: que las antropólogas citadas hayan nacido antes de 1885, año en el que se crea la WASA. Por eso la última en aparecer es Elsie Parsons, nacida en 1874.

El trabajo de Lurie es fundamental si se piensa que fue escrito tan tempranamente, cuando aún el feminismo no había entrado en la academia norteamericana, provocando la búsqueda y revalorización de las pioneras.

Su listado abarca a Erminie Smith, Alice Fletcher, Matilda Stevenson, Zelia Nuttall, Francis Desmore y Elsie Clews Parsons; y lo que la animó a hacerlo no fue sólo rescatar del olvido a esos espíritus pioneros, sino también mostrar que fueron un ejemplo de la lucha de las mujeres en el mundo de la ciencia así como la curiosidad por ver cómo definían el rol de las mujeres en la antropología (Lurie, 1999: 2).

Según Lurie, en la época estudiada había mayor tolerancia hacia las mujeres en la ciencia que en otras profesiones. Además había necesidad de recolectar datos de un mundo que estaba desapareciendo rápidamente. Sin duda, las primeras mujeres antropólogas tuvieron las mismas dificultades que las mujeres académicas para ser aceptadas por sus colegas varones pero, en el caso de la antropología, los hombres más perceptivos pensaron que sus presencias enriquecerían a la nueva disciplina (Lurie, 1999: 3).

Tal como lo expresara Edward Tylor en una conferencia dictada en los Estados Unidos en 1884,² las mujeres son necesarias para hacer la mitad del trabajo de campo, o sea, ocuparse de recolectar información sobre las mujeres de la tribu, información que los varones no dan. Desde el punto de vista de Tylor, las mujeres podían volverse antropólogas sólo “por matrimonio” y no en virtud de sus habilidades profesionales autónomas (Lorini, 2003: 1).

2. Es interesante recordar que la conferencia fue para un público mixto, pero la Anthropological Society of Washington, fundada en 1879, era exclusivamente masculina (Lurie, 1999).

El modelo que tenía en mente Tylor era el del matrimonio formado por James y Matilda Stevenson, que él había visitado cuando estaban realizando trabajo de campo entre los zuñi. No era el caso de Ermine Smith y Alice Fletcher que hacía años que iban al campo solas y recolectaban material tanto sobre los hombres como sobre las mujeres.

El 8 de junio de 1885 diez mujeres fundaron la Women's Anthropological Society of America (WASA), la primer asociación antropológica para promover profesionalmente a las mujeres y abrirles el camino en la investigación. Duró catorce años. Según su texto constitutivo, sus propósitos eran “promocionar la antropología, alentando su estudio y facilitando el intercambio entre quienes se interesan por la investigación antropológica [así como] preservar y organizar toda información sistemática debida a ésta [y] organizar reuniones regulares para su discusión” (WASA, 1989).

En su informe para la revista *Science*, Anita Newcomb McGee, secretaria de actas de la organización, responde a la pregunta de ¿por qué una organización sólo de mujeres? Su respuesta es que no es para perpetuar la diferencia de sexo en la ciencia sino para que desaparezca esa división: “que no se vea a las o los trabajadores sino sólo el trabajo realizado” (McGee, 1989: 242).

Según su informe, los encuentros regulares de la Asociación están dedicados fundamentalmente a la presentación y discusión de comunicaciones científicas originales. Aparece la necesidad de crear una biblioteca e incluso llaman a la donación de trabajos para este fin. Enuncia también publicaciones de WASA que fueron presentadas en el Bureau of American Ethnology y al Journal of American Folklore, *Science*, entre otras (McGee, 1889).

Cuando se revisan los trabajos presentados, es evidente que la mayoría de ellos son etnográficos, resultado de observaciones personales de sus autoras,

como se esfuerza por aclarar el informe de Mac Gee. Escasean los trabajos de antropología física y son pocos los que hablan de “evolución de las razas”. Enfatiza que todos los trabajos presentados son etnografías basadas en trabajo de campo intensivo entre los omaha (Fletcher), los zuñi (Stevenson), los iroqueses (Scofield) y los dakotas (Smith) (McGee, 1889).

Matilda Cox Stevenson fue la primera presidenta de la WASA y Alice Fletcher una de las seis directoras. En 1889 la Sociedad tenía cuarenta y cinco miembros.

Estas antropólogas no se veían a sí mismas como innovadoras sino como quienes aportaban una información especial que enriquecería a la disciplina (Lurie, 1999). Estaban convencidas que sólo las mujeres podían obtener información etnográfica sobre la intimidad de las mujeres. Había como una proyección victoriana en la división de trabajo por sexo en las sociedades primitivas. Se creían capaces de hacer una contribución especial a la antropología porque eran mujeres y muchas de ellas madres.

A su vez, la WASA trataba de desmontar los prejuicios que consideraban a las mujeres como más emocionales, instintivas y apasionadas, recomendando a sus socias “claridad de pensamiento”, “búsqueda de la verdad” y “exactitud en las expresiones”.

Ellas se veían a sí mismas como un grupo especial por su contribución desde otra mirada pero no cuestionaban el paradigma principal de la antropología de la época. Podían obtener información sobre la vida privada de otras mujeres pero hacían propias las características de la “verdadera femineidad”. Como evolucionistas que eran veían a los “primitivos” como niños y las antropólogas funcionaban como “madres”, una ideología semejante a la de las pioneras protestantes (Lorini, 2003). Les tocó vivir una época de cambios acelerados y asimilación forzada de las poblaciones originarias. Ante el avance de la “civilización” creían que los nativos debían asimilarse o morirían y participaban activamente de las negociaciones para que esa asimilación fuera lo menos desventajosa posible para ellos.

En 1899 la American Anthropological Association de Washington invitó a formar parte de ella a todas las mujeres de la WASA, en un proceso de unificación de las sociedades de antropología que, por un lado, supuso su fin pero, por el otro, permitió la incorporación de mujeres en las instituciones científicas. En 1902 se funda la American Anthropological Association (AAA) y Alice Fletcher fue su presidenta en 1903.

3. Las pioneras

Como dijimos más arriba, nos interesa una primera aproximación a la biografías de estas mujeres, de manera un tanto resumida (tampoco existe demasiado material accesible sobre sus vidas) para acercar, en especial al alumnado de antropología, un pantallazo que dé una idea del clima intelectual de la época. Viéndolas en conjunto, podremos apreciar un contexto de época y ciertas claves que trataremos de interpretar en nuestra discusión al final del artículo.

Erminie Adelle Platt Smith (1836-1886)

Fue una mujer reconocida científicamente aun antes de ser antropóloga, ya que su formación inicial fue la geología. Casada con Simeon Smith, tuvo cuatro

hijos. Sin embargo su buena posición económica le permitió dedicarse a su profesión, viajar y estudiar en Alemania, incluso trabajar clasificando especies minerales para museos europeos. Muy activa socialmente, creó la *Aeshetic Society of New Jersey* en 1879, donde daba conferencias y clases. Se la invitó a formar parte de *Sorosis*, un pionero club cultural de mujeres en Nueva York y dentro del cual dirigió su programa de ciencia durante cuatro años.

Fue la primera mujer que leyó un trabajo en la American Association for the Advancement of Science (AAAS). Su ponencia trataba sobre el jade y, según Lurie (1999), ya mostraba una interesante combinación entre su fuerte entrenamiento en mineralogía y su recién encontrado mundo de la antropología, dado que su trabajo incluía el uso del jade en diferentes culturas.

La cercanía de su hogar familiar a la reserva onondaga de Nueva York parece haber influido en su interés en la antropología. En particular le interesaba la cultura de los iroqueses. Si bien nunca recibió entrenamiento formal en antropología, por su reputación y contactos personales contó con la ayuda del Bureau of American Ethnology (BAE) cuyo director la entrenó y financió parcialmente. Al mismo tiempo Lewis Morgan, pionero del estudio de los iroqueses, la introdujo en el tema y la aconsejó (Jayanti, 1989).

Fue probablemente la primera mujer en realizar trabajo de campo y, como lo aclara Lurie, en ir al campo sola, no como Matilda Stevenson que lo hizo en 1879, en calidad de esposa, cuando acompañó a su marido a territorio zuñi. El trabajo de Smith entre los tucsarora, en el estado de Nueva York, fue intensivo y se ganó el afecto de ellos, quienes la adoptaron con el nombre de Ka-tei-tci-sta-kwast (Bella Flor). Publicó un diccionario iroqués-inglés de más de quince mil palabras que permanece como documento archivado en el Smithsonian Institute y el libro *Myths of the Iroquois en 1883*.

Smith fue una adelantada a su tiempo al entrenar a un informante nativo como asistente del trabajo de campo, técnica que después usaron tanto Alice Fletcher como Edward Sapir. Siguió presentando un paper anual en la AAAS hasta el año de su muerte, en 1886, y fue la primera mujer antropóloga en publicar un artículo en la revista *Science* en 1885.

Alice Fletcher (1838-1923)

Había nacido en Cuba pero creció en Nueva York, recibiendo una educación esmerada. Siendo muy joven viajó por Europa donde enseñó en varias escuelas privadas. Vivió en Boston participando de una intensa vida social, hablando en público como activista defensora de los derechos de las mujeres, en las ligas de templanza y anti-tabaco. A principios de los años de 1870, al igual que Smith, se unió al grupo *Sorosis* y estuvo entre las fundadoras, en 1873, de la Association for the Advancement of Women, de la que fue secretaria durante varios años (Temkin, 1989).

Alrededor de 1878 conoció al director del Museo de Etnología y Arqueología Peabody, en Harvard, Frederick Putman, y al joven indígena omaha Francis La Flesche, que fue su asistente y amigo de toda la vida. A los cuarenta años comenzó entonces su vida como antropóloga, en los inicios realizando excavaciones arqueológicas para el Museo Peabody, institución con la que tuvo relaciones informales hasta el año 1886, cuando se transformó en la primera mujer en tener un cargo permanente.

Por su amistad con Francis La Flesche, se acercó a los omaha, de quienes se transformó en su vocera desde su primer viaje de trabajo de campo. Según su amigo y asistente omaha, entraba en sus viviendas y comenzaba a conversar. Cuando alguno de ellos le preguntaba por qué estaba allí, respondía “vengo a aprender, si ustedes me permiten, algunas cosas sobre organización tribal, costumbres, ritos, tradiciones y canciones. También ver si los puedo ayudar de algún modo” (Lurie, 1999: 22).

Por supuesto que lo que le respondieron fue que los ayudara a recuperar sus tierras. En ese sentido, Fletcher jugó un “papel fuerte” en las políticas de asignación de tierras que se estaban llevando a cabo entre los omaha de Nebraska una vez acabado el enfrentamiento armado y entrado en el período de asimilación. Fue ella quien proveyó el conocimiento etnográfico para dicha política, convencida de que serviría al bienestar de los omaha, inspirada en una visión que combinaba el punto de vista evolucionista de los indios como culturas que desaparecen y los esfuerzos de reforma humanitaria que ayudaría a los individuos a ajustarse a una civilización superior (Lorini, 2003).

Si bien es clara su influencia en las Actas Omaha de 1882 con un programa que incluía la imposición de la monogamia y la conservación de la tierra pero como propiedad privada, con el tiempo fue cambiando de actitud hacia la asimilación forzada después de años de ver los estragos producidos, sobre todo después del viaje de 1897 a la reserva omaha, donde quedó horrorizada por el deterioro de las condiciones de vida desde la época de las asignaciones de tierras y al darse cuenta de que los omaha no eran más granjeros sino que arrendaban sus tierras a los blancos y vivían de un alquiler (Lurie, 1999; Lorini, 2003).

Honestamente, mujeres como Alice Fletcher buscaban lo mejor para todas las etnias y eran personas democráticas. Iban en contra del pensamiento de su época al creer que los indígenas eran tan capaces como los blancos y deseaban que formaran parte de la sociedad en su conjunto. En el caso específico de Fletcher, que fue testigo de la violencia imperialista de Estados Unidos, se retiró de todos los planes estatales de asimilación en desacuerdo con la llamada “guerra de Cuba”, es decir, la intervención de su país en el proceso de la independencia de la isla del Caribe contra España en 1898 y que trajo, entre otras consecuencias, la invasión de Estados Unidos a Filipinas.

Pionera del estudio del arte y la música indígena, Alice Fletcher no sólo fue una etnógrafa y una protectora de las poblaciones nativas sino también una teórica que desarrolló de manera independiente pero simultánea, con Franz Boas, una teoría del totemismo, desplegando este concepto en varios artículos que contradecían las afirmaciones de aquél (Temkin, 1989).

Su capacidad para la observación de otras sociedades de manera analítica y empática así como sus profundas descripciones “desde adentro” la hicieron una pionera de lo que más adelante se denominó “observación participante”. Incluso una de las críticas que recibió en su época fue la del boasiano Robert Lowie y fue porque ella le daba “crédito a los informantes nativos, compartiendo su autoría con ellos” (Lorini, 2003: 23).

Reconocida profesionalmente por sus colegas contemporáneos como una “leyenda viviente de la antropología” según Lurie, además de ser una de las fundadoras de la WASA en 1885 y presidenta en 1893, formó parte del grupo fundador de la AAA en 1902 y fue miembro del comité editorial de su revista,

la *American Anthropologist*, entre 1899 y 1916.³ Fue también presidenta de la *American Folklore Society* y presidenta de la *Anthropological Society of Washington*.

3. La revista fue creada por la Anthropological Society of Washington, predecesora de la American Anthropological Association.

Alice Fletcher estuvo entre quienes organizaron la muestra sobre poblaciones indígenas en la *New Orleans Industrial Exposition* de 1885, donde se exhibieron fotografías de los omaha. También tuvo una participación destacada en la *Chicago World's Columbian* de 1893 y fue una de las fundadoras de la *School of American Research* (después llamada *School of Social Research*), formando parte de su comité directivo entre 1908 y 1912.

En 1910 Fletcher viajó a Londres, donde fue reconocida como una antropóloga destacada. Dio conferencias en Cambridge y fue elegida vicepresidenta de la *British Association for Advancement of Science* (Temkin, 1989: 99).

Matilda Coxe Stevenson (1849-1915)

Co-fundadora y primera presidenta de la WASA, Matilda fue — como ya dijimos — la primera mujer que realizó trabajo de campo en el sudoeste de Estados Unidos, en su caso en territorio zuñi, con su marido.

Su única educación formal la recibió en la *Miss Annable's Academy*, ya que tanto la abogacía, que la estudió y ejerció con su padre, y la geología, con un profesor privado, fueron conocimientos adquiridos fuera de la academia, en una época en la que las mujeres no podían seguir estudios superiores formales.

Pensaba dedicarse a la mineralogía pero su encuentro con el geólogo, naturalista y etnólogo autodidacta James Stevenson, con el que se casó en 1872, la acercó al trabajo de campo, primero dentro de las ciencias naturales y luego en la antropología. Como todos los que hacían antropología en esa época, iba aprendiendo sola, por medio del ensayo y el error, los rudimentos de las técnicas etnográficas (Parezo, 1989).

Como asistente de su marido, Matilda viajó al sudoeste en varias ocasiones, tanto al territorio arapaho como al de los zuñi y los pueblo. Los informes escritos por ella aparecían con la firma de James, que detestaba escribir. Pasaron varios años hasta que sus aportes fueron reconocidos públicamente.

Durante la década de 1880, los Stevenson fueron el primer equipo formado por marido y mujer en la antropología norteamericana, realizando un viaje anual al territorio zuñi. En la clásica división sexual del trabajo de campo, ella hizo registros invaluableles sobre la vida cotidiana de las mujeres que eran inaccesibles para los etnógrafos varones. Tanto Margaret Mead como Ruth Bunzel respetaban a Stevenson como la primera etnóloga americana que consideró a los niños y a las mujeres como dignos de atención (Parezo, 1989). Así lo confirma su temprana monografía (1887) sobre las ceremonias que acompañan la niñez entre los zuñi.

A la muerte de su esposo, en 1888, el director del BAE, John Wesley Powell, la contrató para “poner en orden las notas de campo de su marido”, tarea que requería hacer trabajo de campo adicional para completar la etnografía que ambos habían estado realizando sobre los sia. Ese contrato temporario se volvió permanente en 1890, convirtiéndose así en la primera antropóloga empleada por el Estado, eso sí, con un salario menor que sus colegas varones. De hecho, hasta los años 1960 no hubo otra mujer que trabajara *full time* para el *Bureau of American Ethnology* (Parezo, 1989: 339).

En 1894 publicó *The Sia*, una etnografía muy completa sobre los pueblo del Río Grande. Luego retornó con los zuñi, entre quienes trabajó en total veinticinco años.

A pesar de su fama como mujer de mal carácter, autoritaria y controladora, ningún contemporáneo criticaba la calidad ni el valor de su trabajo de campo y sus análisis. Alfred Kroeber opinaba que los análisis de Stevenson eran “impersonales, objetivos y precisos” (Parezo, 1989: 341).

No era una teórica; ella misma se consideraba como una investigadora de campo científica. La bibliografía que acompaña su obituario muestra la variedad de sus intereses como etnógrafa: niñez, religión, etnobotánica, juegos, sistemas de irrigación del suelo, etcétera.

Como no podía ser de otra manera, Stevenson dejó constancia del carácter desastroso de la influencia y la explotación de los blancos, la “deplorable condición moral” (Lurie, 1999: 39) en la que se encontraban los zuñi.

Zelia Nuttall (1857-1933)

Fue arqueóloga y etnohistoriadora, especialista en la cultura mexicana. Pasó once años de su niñez y adolescencia en distintos países de Europa, lo que le permitió expresarse con fluidez en cinco idiomas. Más tarde agregó la habilidad autodidacta de comprender y traducir documentos en lenguas mexicanas prehispánicas. Casada con un etnólogo francés, tuvo una hija y se separó a los pocos años.

Desde su segunda visita a México en 1884, decidió que su investigación se centraría allí. En 1886 publicó su *The Terra-Cotta Heads of Teotihuacan*, en *American Journal of Archaeology*, el primero de una larga lista de artículos en prestigiosas revistas académicas. En 1902 hizo de México su residencia permanente y su casa allí, la residencia Alvarado, era un lugar donde se reunían intelectuales y científicos así como estudiantes de arqueología a los que ella apoyó decididamente (Chiñas, 1989).

Aunque Zelia era miembro de algunas de las más prestigiosas organizaciones científicas de México y Estados Unidos, nunca trabajó para una institución con el fin de obtener un salario (Ruiz Martínez, 2006). La mayoría de sus investigaciones fueron apoyadas por donaciones privadas, aunque sí recibió pequeñas sumas del gobierno mexicano para excavaciones en la Isla de los Sacrificios.

Franz Boas, Frederic Putnam y Murray Butler la vieron como una posible negociadora entre mexicanos y norteamericanos en sus planes para establecer la Escuela Internacional de Etnología y Arqueología Americana (1910-1914) en México, en 1909. Confiaban en ella por su familiaridad con la situación de la arqueología en México y por sus buenas relaciones con la población local (Ruiz Martínez, 2006).

Frances Densmore (1867-1957)

Con su sólida formación en música e incluso con algún reconocimiento como ejecutante de piano y órgano, fue lo que ahora llamaríamos una etnomusicóloga. Vivió con alegría la invención del fonógrafo por las posibilidades que abría para su trabajo.

A partir de 1901 comenzó a grabar música de los indios chippewa con una máquina de cilindros de cera. Envío esos registros con anotaciones al BAE, que

los recibió de manera entusiasta y en 1907 la asoció a la institución etnológica por el resto de su vida (Frisbie, 1989; Lurie, 1999).

Alice Fletcher, su amiga, profesora y mentora, fue central en su formación. Ella había realizado registros musicológicos entre los omaha unos años antes y Densmore le escribió en busca de consejo después de leer su *A Study of Omaha Indian Music*.

Sus diferentes cargos en la BAE —donde fue colaboradora, investigadora asociada e investigadora especial en música de los indios americanos— le permitieron planificar sus viajes de trabajo de campo, seleccionar proyectos y locaciones en reuniones anuales de dos días con sus autoridades en Washington (Frisbie, 1989).

A lo largo de su vida Densmore escribió veinte libros y más de cien artículos, registrando y haciendo además anotaciones de tres mil trescientas canciones que se conservan aún hoy. Sus grabaciones y transcripciones se completaban con observaciones etnográficas de gran riqueza sobre la cultura general y la acompañó con numerosas fotografías. Realizó trabajo de campo en Estados Unidos y la Columbia Británica entre los ojibwa, chippewa, sioux, onondaga, omaha, apache, navajo, pueblo y zuñi, entre otros, así como entre migrantes filipinos en Louisiana y entre los tule (gunadule) de Panamá, contabilizando setenta y cinco pueblos.

En 1948, encargada por la Biblioteca del Congreso, ella misma preparó una colección de discos con sus registros para el público en general, al que también destinaba artículos cortos y conferencias de divulgación.

Su larga trayectoria fue premiada con numerosos reconocimientos, tanto del mundo de la antropología académica como del ámbito de la música e incluso de organizaciones indígenas.

Mi objetivo ha sido registrar con mi interpretación, la estructura de las canciones indígenas que observaba. Otros estudiosos, explorando el material pueden llegar a otras conclusiones. Mi trabajo ha sido preservar el pasado, registrar observaciones en el presente y abrir el camino para el trabajo de otros en el futuro (Frisbie, 1989: 56).

Muchos años después, las jóvenes generaciones pueden encontrar en Internet sus grabaciones.

Elsie Clews Parsons (1874-1941)

Es sobre quien más se ha escrito, por ser un ejemplo de “mujer emancipada” que unió el compromiso social con la práctica de la antropología en una época en que la disciplina iba rápidamente hacia su profesionalización. Como dijimos, Parsons fue la última evolucionista y la primera boasiana en este mundo de pioneras.

Recordada y respetada como etnógrafa y como especialista en folklore, y bisagra entre dos períodos de la historia de la antropología, ya que Elsie Clews fue la única del grupo que estamos analizando con estudios universitarios, aunque no en antropología sino en sociología. Asistió al progresista *Barnard College*, que había sido recientemente creado (1889), donde recibió sus títulos de Master y Doctorado con tesis acerca de problemáticas típicas de lo que hoy se denominan “reformadoras sociales”: los asentamientos urbanos pobres en la ciudad de Nueva York y el impacto de la educación en el cambio social.

Públicamente feminista, también conocida por sus ideas radicales y pacifistas en épocas tan difíciles como las de la Primera Guerra Mundial, Clews formó parte de tres círculos sociales en diferentes períodos de su vida: el boasiano, el feminista y el de los radicales de *Greenwich Village* de Nueva York (Lamphere, 1995). En 1903 se casó con el político republicano Herbert Parsons con quien tuvo seis hijos, de los cuales sobrevivieron cuatro.

Se interesó por la teoría evolucionista en antropología de la mano de Franklin Giddings, el jefe del Departamento de Sociología de Barnard que la convocó como profesora. Esas primeras clases están compiladas en su libro *The Family* de 1906, donde promovió el matrimonio de prueba, más aun teniendo en cuenta que estaba casada con un rico político republicano (Friedlander, 1989; Lamphere, 1995).

Sus primeros trabajos sobre la condición de la mujer los realizó desde el punto de vista evolucionista, donde la subordinación aparecía como un rasgo primitivo a superar. Esta perspectiva fue superada en *Old-Fashioned Women*, de 1913, donde a través de un enfoque transcultural y de clase afirmó que las mujeres eran confinadas por las convenciones sociales en todas las culturas.

Si bien conoció a Franz Boas y se escribieron desde 1907 (Friedlander, 1989; Deacon, 1992) su asociación se volvió estrecha cuando Elsie comenzó a hacer trabajo de campo en el sudoeste de Estados Unidos, aplicando sus ideas de difusión cultural. A partir de 1919 fueron juntos de trabajo de campo e introdujeron en el área a Esther Goldfrank, Gladys Reichard, Ruth Benedict y Ruth Bunzel.

Trabajó intensamente en el sudoeste durante veinticinco años. También realizó trabajo de campo en Haití, Bahamas, México y Ecuador, así como en diversas comunidades afroamericanas en su país. Poseía cualidades excepcionales para relacionarse con los pueblos que estudiaba, incluso los más recelosos ante la intromisión de extraños (Friedlander, 1989).

Abogó toda su vida por lograr un programa de investigación colectivo entre todos los antropólogos que se dedicaban al sudoeste. Le presentó incluso un plan concreto a Clark Wissler que dirigía el Museo Natural, que lo desestimó. Luego, con la ayuda de su amigo Alfred Kroeber, ideó otro proyecto de trabajo cooperativo en el sudoeste, la Southwest Society, en noviembre de 1918, solventado por ella misma.

Durante el resto de su vida, Parsons financió a docenas de estudiantes y folkloristas del sudoeste, ayudó a solventar el trabajo de Franz Boas y reunió, compiló y publicó diarios de campo, notas y escritos dispersos de estudiosos del sudoeste, siempre bajo el anonimato de la Sociedad (Deacon, 1992).

Si bien Elsie tuvo relaciones afectivas e intelectuales con hombres, la correspondencia con Alfred Kroeber — quien tenía su misma edad — parece indicar algo más que una amistad, por el grado de involucramiento emocional ausente con otros colegas. El hecho de que se dejaron de ver luego de estar juntos haciendo trabajo de campo, abona la idea (Deacon, 1992).

Sus textos, que hoy son rescatados por su originalidad, eran una mezcla de diferentes puntos de vista: la antropóloga como observadora, el nativo como “otro” contestando las preguntas antropológicas, transcripciones de textos rituales y relatos de las mujeres pueblo realizados por ellas mismas (Lamphere, 2004).

Murió después de una operación de apendicitis, en 1941, cuando acababa de ser nombrada presidenta de la AAA y a poco de llegar de un viaje de trabajo de campo en los Andes ecuatorianos.

4. Discusión

En la época que les tocó vivir a nuestras pioneras, las relaciones de género de la clase media en la Norteamérica victoriana estaban dominadas por la ideología de las esferas separadas, la rígida diferenciación de los roles y la doble moral; pero, como dice Betty DeBerg (1990), los cambios en la estructura del capitalismo en los Estados Unidos crearon más oportunidades de trabajo para las mujeres. Los hombres ya no eran los únicos proveedores del sustento. El divorcio se volvió más accesible y las mujeres menos dependientes de sus maridos en lo económico y en lo emocional. Muchas universidades comenzaron a aceptar mujeres, que también participaron en movimientos tales como las ligas de templanza, pro-sufragio femenino o anti-violación que desafiaban la supremacía masculina y las impulsaban a roles extra-domésticos.

Las iglesias fundamentalistas protestantes (que constituye el tema del libro de DeBerg) nacieron por reacción a los cambios sociales de fines del siglo XIX y hacían de las diatribas contra la teoría evolucionista y la «nueva mujer» el centro de su prédica. Según expresaban desde el púlpito y en sus publicaciones, estas mujeres rechazaban sus responsabilidades en el hogar y en la familia por un descarriado activismo sociopolítico, una educación innecesaria y la fatuidad de los clubes de mujeres. Su objetivo también eran las mujeres despreocupadas, frívolas, que se arreglaban y trataban de ser seductoras, fumaban y bailaban. Mucha de la documentación analizada se ocupa de la polémica fundamentalista sobre el pecado y los errores de la mujer moderna y la consecuente declinación de la vida familiar y la civilización (DeBerg, 1990).

Ese clima de transformaciones, con mujeres “modernas” que participaban en grupos y asociaciones de reforma social con distintos intereses — sea para la promoción de la educación, el mejoramiento de las condiciones laborales de mujeres, la eliminación del trabajo infantil y que organizaban los asentamientos urbanos en barriadas pobres, entre otras preocupaciones— brindó el marco para la entrada de las mujeres al mundo de la antropología.

Afirmar que la sociedad estaba cambiando no significa asegurar que las cosas hayan sido fáciles para nuestras pioneras. Sin embargo, podemos rastrear en sus biografías algunos datos significativos que ayudan a comprender las singularidades de sus trayectorias.

En primer lugar, todas ellas provienen de familias que daban importancia a la educación cuando eso no era común para las mujeres. Erminnie Smith fue a un colegio secundario progresista que incluía formación científica para las mujeres, el Seminario Troy. El padre de Matilda Stevenson era abogado, periodista y escritor, y envió a su hija a la Miss Annables Academy, un reducto exquisito para señoritas mientras que él mismo le enseñó abogacía.

Elsie Clews fue educada por tutores y en la escuela de señoritas Miss Ruel’s logró que su padre le dé la autorización para asistir al Barnard College, de Nueva York, al que comenzó a asistir en 1892.

El Barnard College proveyó a las mujeres de la elite de una experiencia diferente a la de otros *colleges* para mujeres. En primer lugar porque fue uno de los primeros en el mundo en brindarle la misma educación que recibían los varones en las profesiones liberales y en el arte, gracias a la lucha de las feministas por la coeducación. En segundo lugar, no era residencial, o sea que las alumnas, provenientes de una ciudad cosmopolita como Nueva York, vivían en sus hogares y podían participar en la vida social de la ciudad, se mezclaban con los estudiantes varones de la institución “hermana” Columbia y compartían algunas clases con ellos (Deacon, 1992).

De algunas de ellas no hay referencia directa sobre la educación recibida, pero sí que fueron profesoras de diferentes asignaturas durante los años anteriores a su vida como etnógrafas.

Otra cosa que llama la atención y hace de nuestras antropólogas muy hijas de su época es su involucramiento con organizaciones de mujeres. Como he referido más arriba, no sólo Elsie Parsons fue feminista sino que también lo fueron Alice Fletcher, Erminnie Smith y Matilda Stevenson, quienes participaron en distintos clubs y asociaciones de mujeres. Fletcher fue una de las fundadoras, en 1873, de la *Association for the Advancement of Women*. No tenemos datos al respecto sobre Zelia Nuttall, pero varias de sus amigas eran feministas (Chiñas, 1989). Lo mismo sucede con Frances Densmore, amiga de Fletcher (Lurie, 1999).

Estas mujeres, todas autodidactas salvo Elsie Parsons, se transformaron en antropólogas haciendo trabajo de campo. ¿Cómo les fue posible esa práctica intensa que las hacía estar lejos de sus hogares por tanto tiempo? Si bien no se pueden dejar de lado los dolorosos dilemas personales y profesionales, algunos de los cuales han quedado registrados (Deacon, 1992), ellas pudieron hacer etnografía porque eran mujeres que no tenían problemas económicos en el caso de quienes estaban casadas (Parsons, Smith), o eran viudas (Stevenson), solteras (Densmore y Fletcher) o separadas (Nuttall).

En efecto, Erminnie Smith estaba casada con un comerciante próspero y combinó sus tareas intelectuales con el cuidado de sus cuatro hijos, cosa difícil pero no imposible cuando se pertenece a la clase media alta.

Matilda Stevenson se convirtió en antropóloga “por matrimonio”, no tuvo hijos y sobrevivió a su marido muchos años, en los que mostró sus condiciones profesionales propias y no como “esposa de”.

Elsie Clews pertenecía a una rica familia de Virginia venida a menos, pero contaba con el “apellido” y la riqueza de los Parsons que le permitió, como vimos, no sólo apoyar monetariamente la investigación y las publicaciones antropológicas sino solucionar los problemas prácticos de una mujer con cuatro hijos, tres casas y una cantidad de personal a su cargo. Precisamente, por su posición económica nunca necesitó un puesto en la academia. Sin embargo, existe numeroso material biográfico, que sin bien resalta su matrimonio con Hebert Parsons como uno basado en el respeto mutuo, también mencionan un largo período de silencio (entre 1906 y 1913) en los que se retiró de sus actividades sociales para criar a sus hijos y apoyar la candidatura a senador de su marido. Incluso cuando retomó el trabajo de campo, éste no se prolongó por más de un mes y sólo una vez por año (Deacon, 1992).

Otra cosa que se debe tener en cuenta es que, si bien las mujeres en el mundo académico eran un desafío a las esferas separadas victorianas, el contexto de

asimilación acelerada, que necesitaba la recolección de datos de culturas que rápidamente eran colonizadas por los blancos, alentaba sus carreras, al menos como etnógrafas. Lo que se verá en las décadas siguientes es una reacción a la profesionalización de las mujeres que les impedirá lograr cargos importantes en las instituciones universitarias (Lurie, 1999; Lorini, 2003). En ese sentido, una vez más Elsie Parsons fue algo así como la última representante de una época donde aún se podía hacer antropología por fuera de la academia, si bien en continuo diálogo con quienes estaban dentro.

A pesar de gozar del reconocimiento profesional de sus contemporáneos, para estas mujeres pioneras fue difícil que la valoración de sus aportaciones científicas no estuviera mediada por comentarios acerca de su personalidad, sus características físicas o incluso el tono de su voz (Chiñas, 2006). Por ejemplo, en el texto de Lurie (1999) aparece la caricatura que un diario de la época hace de Matilda Stenvenson pegando a un indio con un paraguas para poner de manifiesto que era una mujer agria y de mal carácter. Incluso Alfred Kroeber, que quería y valoraba a Elsie Parsons, no pudo escapar a la tentación del estereotipo al afirmar que ella, a pesar de su feminismo y sus fuertes ideas políticas, era una mujer más bien tímida que nunca gritaba (Kroeber, 1943).

Las antropólogas que hemos revisado tuvieron que abrirse un lugar en el mundo intelectual del siglo XIX, donde tenían mucha fuerza las ideas evolucionistas que consideraban a los pueblos originarios como “niños” incapaces de controlar sus emociones, al igual que las clases “bajas” y que las “mujeres de todas las clases y razas” (Lorini, 2003: 9).

Respecto a su relación con las instituciones coloniales, pensemos que estas mujeres autodidactas no dejaban de compartir las ideas de la época que les tocó vivir, pero, como hemos visto, no sin contradicciones. Eran una parte muy minoritaria de una disciplina que también era minoritaria y aún en formación.

Como fue reconocido oportunamente y se lo sigue haciendo hoy, recopilaron materiales valiosos sobre problemáticas que no eran consideradas importantes en su época: la música y las canciones, la maternidad y la crianza de los niños y, sobre todo, la incorporación de la voz de los nativos en sus etnografías. No dejaron de denunciar también los estragos de la “civilización” y, el caso de Elsie Parsons, fue fundamental su rol de mecenas del que se beneficiaron muchos jóvenes que estudiaban la disciplina y algunos importantes antropólogos como Franz Boas.

En tiempos en que la ciencia apelaba a la diferencia del tamaño del cerebro para justificar la desigualdad entre los sexos y las razas humanas, nuestras pioneras sabían que no podían confiar sólo en ella para luchar contra la discriminación hacia las mujeres. Era necesario que también participaran en la arena pública como las reformadoras sociales que eran.

Bibliografía

- » CHIÑAS, Beverley Newbold. 1989. "Zelia Maria Magdalena Nuttall". En: U. Gacs y otros (Eds.). *Women Anthropologists. Selected Biographies*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press. pp. 269-275.
- » CLIFFORD, James. 1986. "Introduction: Partial Truths". En *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. J. Clifford y G.E. Marcus (Eds.). Berkeley: University of California Press. pp. 1-26.
- » DEACON, Desley. 1992. "The Republic of the Spirit: Fieldwork in Elsie Clews Parsons's Turn to Anthropology". *Frontiers: A Journal of Women Studies*, 12 (3): 13-38.
- » DeBERG, Betty. 1990. *Ungodly Women: Gender and the First Wave of American Fundamentalism*. Minneapolis: Fortress Press.
- » FRIEDLANDER, Judith. 1989. "Elsie Clews Parsons". En: U. Gacs y otros (Eds.). *Women Anthropologists. Selected Biographies*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press. pp. 282-290.
- » FRISBE, Charlotte. 1989. "Francis Theresa Densmore". En: U. Gacs y otros (Eds.). *Women Anthropologists. Selected Biographies*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press. pp. 51-58.
- » JAYANTI, Vimala. 1989. "Erminnie Adelle Platt Smith". En: U. Gacs y otros (Eds.). *Women Anthropologists. Selected Biographies*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press. pp. 327-336.
- » KROEBER, Alfred. 1943. "Elsie Clews Parsons". *American Anthropologist*, 45: 452-255.
- » LAMPHERE, Louise. 2004. "Unofficial Histories: A Vision of Anthropology from the Margins". *American Anthropologist*, 106(1): 126-139.
- » LAMPHERE, Louise. 1995. "Feminist Anthropology: The Legacy of Elsie Clews Parsons." En: R. Behar y D. Gordon (Eds.). *Women Writing Culture*. Berkeley: University of California Press. pp. 85-103
- » LORINI, Alessandra 2003. "Alice Fletcher and the Search for Women's Public Recognition in Professionalizing American Anthropology". *Cromohs*, 8: 1-25.
- » LURIE, Nancy Oestreich. 1999. *Women and the Invention of American Anthropology*. Prospect Heights: Waveland Press.
- » MASCIA-LEES, Frances, SHARPE, Patricia y BALLERINO COHEN, Patricia. 1989. "The Postmodernist Turn in Anthropology: Cautions from a Feminist Perspective". *Signs*, 15 (1): 7-33.
- » MCGEE, Anita Newcomb. 1889. "The Woman's Anthropological Society of America". *Science*, 13: 240-42.
- » PAREZO, Nancy. 1989. "Matilda Coxe Evans Stevenson". En: U. Gacs y otros (Eds.). *Women Anthropologists. Selected Biographies*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press. pp. 336-343.
- » RUIZ MARTÍNEZ, Apen. 2006. "Zelia Nuttall e Isabel Ramírez: las distintas formas de practicar y escribir sobre arqueología en el México de inicios del siglo xx". *Cadernos Pagu*, 27: 99-133.

- » TEDLOCK, Barbara. 1995. "Works and Wives: On the Sexual Division of Textual Labor." En: R. Behar y D. Gordon (Eds.). *Women Writing Culture*. Berkeley: University of California Press. pp. 267-286.
- » TEMKIN, Andrea. 1989. "Alice Cunningham Fletcher". En: U. Gacs y otros (Eds.). *Women Anthropologists. Selected Biographies*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press. pp. 95-101.
- » WASA (Women's Anthropological Society of America), 1889. *Sketches of the Women's Anthropological Society of America*, Washington: WASA. <https://archive.org/details/organizationandoodcgoog> (Fecha de acceso 17 de enero de 2015).

